

Editorial

La niñez, entre canto y... desencanto

Nos encantan las sonrisas de los niños: abiertas, espontaneas, sencillas y cautivadoras. Son bálsamo en nuestras heridas, nos reconcilian con las asperezas de la vida, son una inyección de esperanza.

Nos gusta, también, imaginar la niñez como etapa de la vida caracterizada por la falta de preocupaciones, el juego, la inocencia y la bondad.

La dura realidad

La realidad dista mucho de este cuadro idílico.

La experiencia nos enfrenta con mucho sufrimiento: niños no deseados que advierten el rechazo de sus padres, maltratos, violencias domésticas y violaciones, mendicidad de los niños, falta de perspectivas de una vida digna, trabajo infantil. Ausencia de estímulos culturales y sociales: ausentismo escolar, desnutrición o mala nutrición, imposibilidad de salir del círculo vicioso de la miseria, ausencia de posibilidades de juego y deporte, explotación sexual, entre otros.

La formación humana y psicológica está afectada por un sinnúmero de factores que obstaculizan. El resultado es, muy a menudo, una falta de autoestima y de estructuración de una personalidad sólida, que haya interiorizado valores, hábitos y actitudes necesarias para tener éxito (no sólo económico) en la vida: los valores de la fortaleza, la laboriosidad, la lealtad y sinceridad, la sobriedad y la sencillez, la audacia y la prudencia, la responsabilidad y la justicia, la veracidad y el compañerismo, la solidaridad y la paciencia... Se nota en la adolescencia y la juventud: quienes no probaron en su niñez la presencia de un hogar que haya favorecido un desarrollo armonioso, viven en las etapas siguientes muchos problemas: inestabilidad emocional, falta de compromiso, egocentrismo, desviaciones en las adicciones, fenómenos de violencia y asociación a pandillas, uso egoísta de la sexualidad, irresponsabilidad en llevar a cabo las tareas de la vida.

Entre sobre-estimulación y falta de recursos

Lo dicho antes, paradójicamente, choca con una cultura mediática que propone y seduce hacia estilos de vida caracterizados por un siempre mayor consumismo. Los niños son blanco de una publicidad y propuesta por los medios masivos de comunicación con tintes de manipulación: son potenciales consumidores que se debe convencer.

El resultado es dramático: frente a una "real" ausencia de recursos (económicos, educativos, espirituales y valórales), el niño se encuentra desarmado frente a las cautivadoras propuestas consumistas, generando fenómenos de frustración, resentimiento, depresión y deseo de revancha.

Niñez y enfermedad

El binomio niñez y enfermedad nos parece innatural e injusto. ¡Los niños no deberían de sufrir! ¡Ojalá fuera así! La realidad nos enfrenta con el sufrimiento físico en los niños (ya hemos visto que el sufrimiento –de otras naturalezas- está presente de manera masiva en la infancia). A pesar de la entrega de sus familiares, las instituciones para la salud, la gran mayoría de los profesionistas de la salud y muchas –loables- asociaciones de apoyo voluntario, estamos lejos de poder asegurar una asistencia y cuidados

adecuados a todos los niños enfermos en todas las etapas de evolución de la enfermedad. Esto nos cuestiona y desafía a hacer más.

Queremos evidenciar otro aspecto contradictorio, que añade sufrimiento al dolor: se nos presenta (en la propaganda y en lo “imaginario” colectivo) una perspectiva de felicidad y éxito fácilmente alcanzables, y, al mismo tiempo, faltan los recursos fundamentales para ofrecer un cuidado digno a estos niños que encuentran un camino que “sube” frente a ellos.

El desafío de la educación

Frente a esta situación –general y del mundo de la salud- podemos rasgarnos las vestiduras, denunciando todos los atentados contra la niñez y su desarrollo integral. Podemos tomar una actitud fatalista, o reír cínicamente, afirmando que no se puede hacer nada para revertir este proceso.

Podemos, sin embargo, como adultos responsables, tomar una actitud y comportamientos de contra-corriente, no renunciando a nuestra tarea de acompañadores y educadores de las nuevas generaciones.

Las problemáticas de la niñez se pueden enfrentar, retomando, nosotros los adultos, una actitud más activa y propositiva: testimoniando, enseñando, sugiriendo, alentando y corrigiendo; también pidiendo perdón por nuestras contradicciones e incoherencias.

¡Qué la imagen de una infancia feliz, serena, sin problemas y sonriente se convierta en realidad: nuestros niños lo merecen!